Cap. 2

“LA CREACIÓN”

*DIOS: "EN EL PRINCIPIO EXISTIA LA PALABRA, Y LA PALABRA ERA

DIOS, TODO SE HIZO POR ELLA"

El Ser por Excelencia, que todo lo abarca, que no necesita de nada ni de nadie. Posee la VERDAD, la Sabiduría, la Eternidad, la Vida, el Amor, la Paz, la Belleza, la Riqueza, la Bondad, la Fidelidad, la Luz, el Poder, la Misericordia, la Generosidad, la Ternura, la Ciencia, la LIBERTAD, la INMORTALIDAD, ….., siendo al mismo tiempo todas estas cosas. Lo posee todo.

Él Es El Infinito, el Absoluto, lo Eterno, lo Inmutable. Él no cambia, Todo en Él es Amor, creación y participación eterna. Él Es Fuente de su mismo Ser y Fuente de todo lo creado:

> " Yo Soy El que Soy". Dios realidad trascendente en Sí mismo.

Él Es "El que Es” (“El que SE Es”), desde siempre y para siempre y por eso permanece siempre fiel a sí mismo y a sus promesas.

Dios es la plenitud del Ser y de toda perfección, sin origen y sin fin." (Catec,II,213). En esta Vida de Plenitud en su propio Ser, Dios no necesita de nada ni de nadie para realizarse continuamente en Sí mismo, pero en su grandeza de Amor concibe un Plan para que otros Seres participen de ese mismo Amor y Plenitud.

Como decíamos en el Capítulo anterior, el proyecto de Dios consiste en comunicar y participar su Amor y Ser a otros para que puedan poseer también su naturaleza Divina, **pero siempre que permanezcan unidos a esa Fuente de comunicación y Vida.**

En esta plenitud de Ser y Amor, comunicación y participación y antes de la creación del Universo, ENGENDRA con su misma Naturaleza, la Palabra, su Hijo, como Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

El Hijo surge del seno del Padre, recibe todo ese conocimiento que les relaciona y les une, retornándole al Padre todo lo recibido en acto de Amor.

Todo lo que desea el Padre, es aceptado por el Hijo inmediatamente, en acto de reciprocidad de Amor. San Juán (5,19) nos dice:

> "El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace Él, eso también lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que Él hace."

Puede haber amor más perfecto ? El Hijo entregado a la Voluntad del Padre.

El Padre ve en Él todo lo que Él Es, y en Él está Su complacencia.

Ésta vivencia continua de Amor y Plenitud entre el Ser y conocimiento del Padre y la Expresión del Hijo, da lugar a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, que es la comunicación del Amor del Padre y la Palabra del Hijo.

> "El origen eterno del Espíritu se revela en su misión temporal. El Espíritu Santo es enviado a los apóstoles y a la Iglesia tanto por el

> Padre en nombre del Hijo, como por el Hijo en persona, una vez que vuelve junto al Padre.

El envío de la persona del Espíritu tras la glorificación de Jesús, revela en plenitud el misterio de la Santísima Trinidad."(Catec,II,244).

Santísima Trinidad, Tres Personas distintas en una misma Naturaleza.

El Padre es el Amor, la Voluntad, la Creación; El Hijo, la Expresión de esa Voluntad; El Espíritu Santo, la comunicación en el Amor.

Una misma Vida. Tres personas en Una, cada Una con su propio Ser.

> "La Trinidad es Una; las personas divinas son realmente distintas entre sí y las personas divinas son relativas unas a otras. (Catec,III,253).

Siguiendo el Proyecto Divino, y la plenitud de Ser, Amor y Vida de las Tres Personas de la Santísima Trinidad, El Creador quiere que otras criaturas participen de Su Ser, de su comunicación, de su Vida.

Quiere que otros seres reflejen sus atributos y perfecciones, que le conozcan, que sean felices con Él, Sabios, bondadosos, científicos, pacíficos, libres, etc., como es Él. Este deseo de Dios, y como hemos dicho anteriormente para cualquier deseo querido por El Creador, es deseado también en ese mismo instante por el Hijo y por el Espíritu Santo, produce y genera la Creación de los Ángeles del Cielo por un lado y la Creación del Universo con todas sus criaturas y el hombre como rey de todo lo creado.

> "El Padre es el principio fontal de nuestra santidad; el Hijo es quien nos la comunica del Padre, y el Espíritu quien la perfecciona en

> nosotros, quedando nosotros relacionados con Dios, como partícipes de la recirculación de la Vida Divina, que procediendo del Padre por el Hijo, se consuma en el Espíritu, quedando así afirmada la unidad divina en la trinidad de Personas". (S.Gregorio Nac., Orat.th 34,8).

El hombre, que hoy en día, busca en el origen del Universo, una prueba científica de su desligazón con cualquier Ser Superior y Creador de todo. El hombre se piensa que por encontrar señales de un Big Bang o primera explosión, el Universo ya puede ser achacado a la evolución de la materia, sin reconocer que al principio de toda materia, siempre estará El Creador. Qué más da, si ha creado el mundo, a través, de una primera explosión o de un soplo divino; lo importante es que lo ha creado y que siempre aparecerá Él como origen de toda creación, primera y última. La auténtica explosión que dio lugar al origen del Universo fue la explosión de Amor Infinito en Abrazo Infinito de las tres personas de la Santísima Trinidad en comunicación y participación de todo su Ser. Todo ese Amor de Dios y Padre, unido a sus atributos de Sabiduría, Ciencia, etc, dio origen a esa “controlada y ordenada” explosión inicial que dio origen al Universo.

(CEC295-301 CEC317-320)

Dios ha creado el universo libremente con sabiduría y amor. El mundo no es el fruto de una necesidad o del azar. Dios crea «de la nada» (*–ex nihilo–*: *2M 7,28*) un mundo ordenado y bueno, que Él transciende de modo infinito, dándole la capacidad de actuar y llevándolo a su realización, por medio de su Hijo y del Espíritu Santo.

CEC279-289 CEC315)

Es importante afirmar que en el principio Dios creó el Cielo y la tierra (*Gn 1,1*) porque la creación es el fundamento de todos los designios salvíficos de Dios; manifiesta su amor omnipotente y lleno de sabiduría; es el primer paso hacia la Alianza del Dios único con su pueblo; es el comienzo de la historia de la salvación, que culmina en Cristo; es la primera respuesta a los interrogantes fundamentales sobre nuestro origen y nuestro fin.

(CEC293-294 CEC319)

El mundo ha sido creado para gloria de Dios, el cual ha querido manifestar y comunicar su bondad, verdad y belleza. El fin último de la Creación es que Dios, en Cristo, pueda ser «todo en todos» (*1Co 15,28*), para gloria suya y para nuestra felicidad.

> *«Porque la gloria de Dios es el que el hombre viva, y la vida del hombre es la visión de Dios»* (San Ireneo).

327 La profesión de fe del IV Concilio de Letrán afirma que Dios, "al comienzo del tiempo, creó a la vez de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana; luego, la criatura humana, que participa de las dos realidades, pues está compuesta de espíritu y de cuerpo" (Concilio de Letrán IV: DS, 800; cf Concilio Vaticano I: *ibíd.*, 3002 y Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios*, 8).

CEC325-327)

La Sagrada Escritura dice: «en el principio creó Dios el cielo y la tierra» (*Gn 1,1*). La Iglesia, en su profesión de fe, proclama que Dios es el creador de todas las cosas visibles e invisibles: de todos los seres espirituales y materiales, esto es, de los ángeles y del mundo visible y, en particular, del hombre.

(CEC337-344)

A través del relato de los «seis días» de la Creación, la Sagrada Escritura nos da a conocer el valor de todo lo creado y su finalidad de alabanza a Dios y de servicio al hombre. Todas las cosas deben su propia existencia a Dios, de quien reciben la propia bondad y perfección, sus leyes y lugar en el Universo.

Génesis (1,1-19):

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba informe y vacía; la tiniebla cubría la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas. Dijo Dios: «Exista la luz». Y la luz existió.

Vio Dios que la luz era buena. Y separó Dios la luz de la tiniebla. Llamó Dios a la luz «día» y a la tiniebla la llamó «noche».

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero. Y dijo Dios: «Exista un firmamento entre las aguas, que separe aguas de aguas». E hizo Dios el firmamento y separó las aguas de debajo del firmamento de las aguas de encima del firmamento. Y así fue. Llamó Dios al firmamento «cielo».

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día segundo. Dijo Dios: «Júntense las aguas de debajo del cielo en un solo sitio, y que aparezca lo seco». Y así fue. Llamó Dios a lo seco «tierra», y a la masa de las aguas llamó «mar». Y vio Dios que era bueno.

Dijo Dios: «Cúbrase la tierra de verdor, de hierba verde que engendre semilla, y de árboles frutales que den fruto según su especie y que lleven semilla sobre la tierra». Y así fue. La tierra brotó hierba verde que engendraba semilla según su especie, y árboles que daban fruto y llevaban semilla según su especie. Y vio Dios que era bueno.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día tercero. Dijo Dios: «Existan lumbreras en el firmamento del cielo, para separar el día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años, y sirvan de lumbreras en el firmamento del cielo, para iluminar sobre la tierra». Y así fue. E hizo Dios dos lumbreras grandes: la lumbrera mayor para regir el día, la lumbrera menor para regir la noche; y las estrellas. Dios las puso en el firmamento del cielo para iluminar la tierra, para regir el día y la noche y para separar la luz de la tiniebla. Y vio Dios que era bueno. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día cuarto.

Génesis (1,20–2,4a):

Dijo Dios:

> «Bullan las aguas de seres vivientes, y vuelen los pájaros sobre la tierra frente al firmamento del cielo».

Y creó Dios los grandes cetáceos y los seres vivientes que se deslizan y que las aguas fueron produciendo según sus especies, y las aves aladas según sus especies.

Y vio Dios que era bueno.

Luego los bendijo Dios, diciendo:

> «Sed fecundos y multiplicaos, llenad las aguas del mar; y que las aves se multipliquen en la tierra».

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto.

Dijo Dios:

> «Produzca la tierra seres vivientes según sus especies: ganados, reptiles y fieras según sus especies».

Y así fue.

E hizo Dios las fieras según sus especies, los ganados según sus especies y los reptiles según sus especies.

Y vio Dios que era bueno.

Dijo Dios:

> «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra».

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios:

> «Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra».

Y dijo Dios:

> «Mirad, os entrego todas las hierbas que engendran semilla sobre la superficie de la tierra y todos los árboles frutales que engendran semilla: os servirán de alimento. Y la hierba verde servirá de alimento a todas las fieras de la tierra, a todas las aves del cielo, a todos los reptiles de la tierra y a todo ser que respira».

Y así fue.

Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno.

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día sexto.

Así quedaron concluidos el cielo, la tierra y todo el universo.

Y habiendo concluido el día séptimo la obra que había hecho, descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho.

Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró, porque en él descansó de toda la obra que Dios había hecho cuando creó.

Esta es la historia del cielo y de la tierra cuando fueron creados.

(CEC342- CEC354)

Entre todas las criaturas existe una interdependencia y jerarquía, queridas por Dios. Al mismo tiempo, entre las criaturas existe una unidad y solidaridad, porque todas ellas tienen el mismo Creador, son por Él amadas y están ordenadas a su gloria. Respetar las leyes inscritas en la creación y las relaciones que dimanan de la naturaleza de las cosas es, por lo tanto, un principio de sabiduría y un fundamento de la moral.